

# **El libro mágico**

**R. Huete Iglesias**



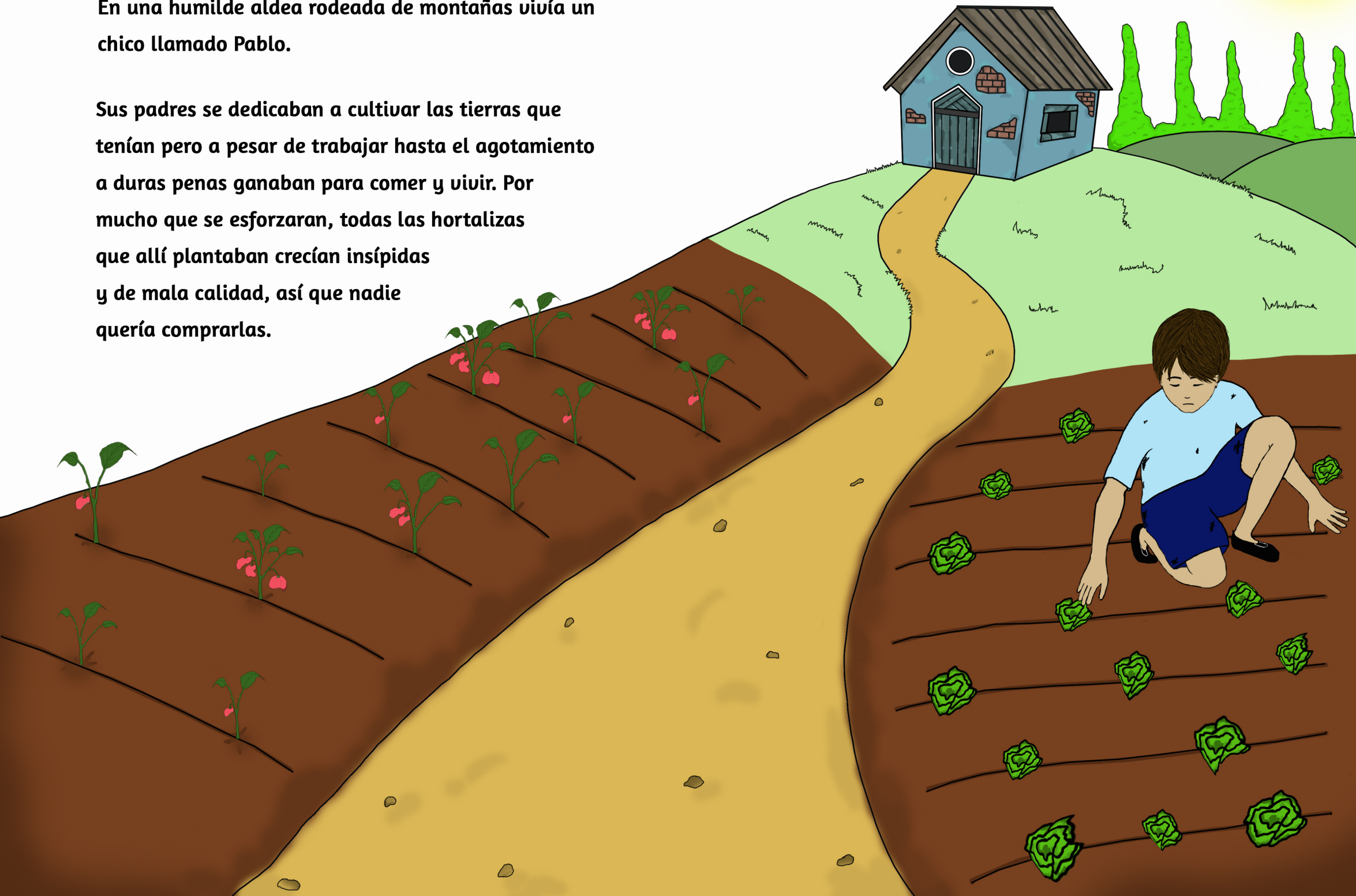


***“Hasta que lo inconsciente no se haga consciente,  
el subconsciente seguirá dirigiendo tu vida y tú le  
llamarás destino.”***

**Carl Gustav Jung**

En una humilde aldea rodeada de montañas vivía un chico llamado Pablo.

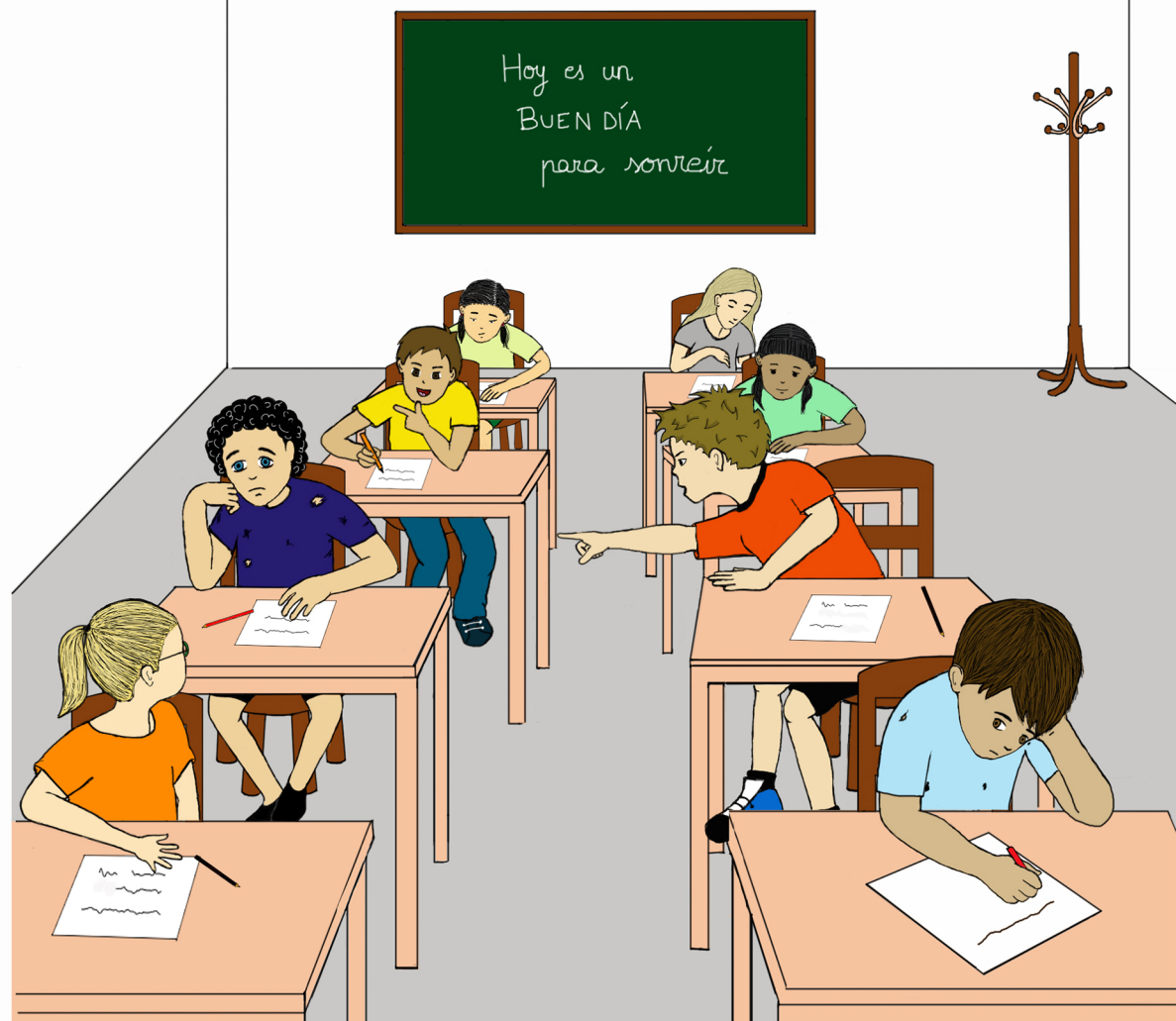
Sus padres se dedicaban a cultivar las tierras que tenían pero a pesar de trabajar hasta el agotamiento a duras penas ganaban para comer y vivir. Por mucho que se esforzaran, todas las hortalizas que allí plantaban crecían insípidas y de mala calidad, así que nadie quería comprarlas.



Por eso en casa iban muy justos de dinero y a Pablo le tocaba estirar la ropa para que durara el máximo tiempo posible.

Él sentía una tremenda vergüenza por tener que llevar siempre los mismos harapos con agujeros. Sobre todo cuando iba a clase porque tenía miedo de que los demás alumnos se rieran de él. Pero nunca lo demostraba. Al contrario, aparentaba estar seguro de sí mismo, contento y feliz. Y lo cierto es que nadie se atrevía a meterse con él.

En su lugar, se burlaban de otro compañero aún más pobre, Raúl. Cada día le hacían bromas crueles y se mofaban largo y tendido, por lo que Pablo se sentía muy apenado. Pero por mucho que le entristeciera aquella situación injusta, en realidad no podía hacer nada, pues si le defendía corría el riesgo de que se cambiaran las tornas y terminara convirtiéndose él en el nuevo centro de todas las burlas.



Por este motivo siempre volvía a casa muy triste, culpando al dinero de todos los males del mundo y asegurando que cuando fuera mayor se haría más rico que nadie.

Sus padres no sabían qué hacer al verle así de disgustado. Creían que tener el deseo de convertirse en millonario era un sueño imposible para una persona que procedía de una familia tan humilde. Por eso siempre intentaban convencerle de que se es más feliz siendo pobre y ahorrarle así el disgusto de que cuando creciera se topara con la cruda realidad.

—Pablito, corazón mío, el dinero solo trae complicaciones —le decía su madre—. Si fueras millonario todo el mundo intentaría aprovecharse de ti. ¿Y entonces cómo ibas a saber quién te aprecia de verdad y quién está contigo por interés? Además, la gente que tiene dinero es mala. Y ya sabes lo que pienso yo, pobre pero siempre honrado.



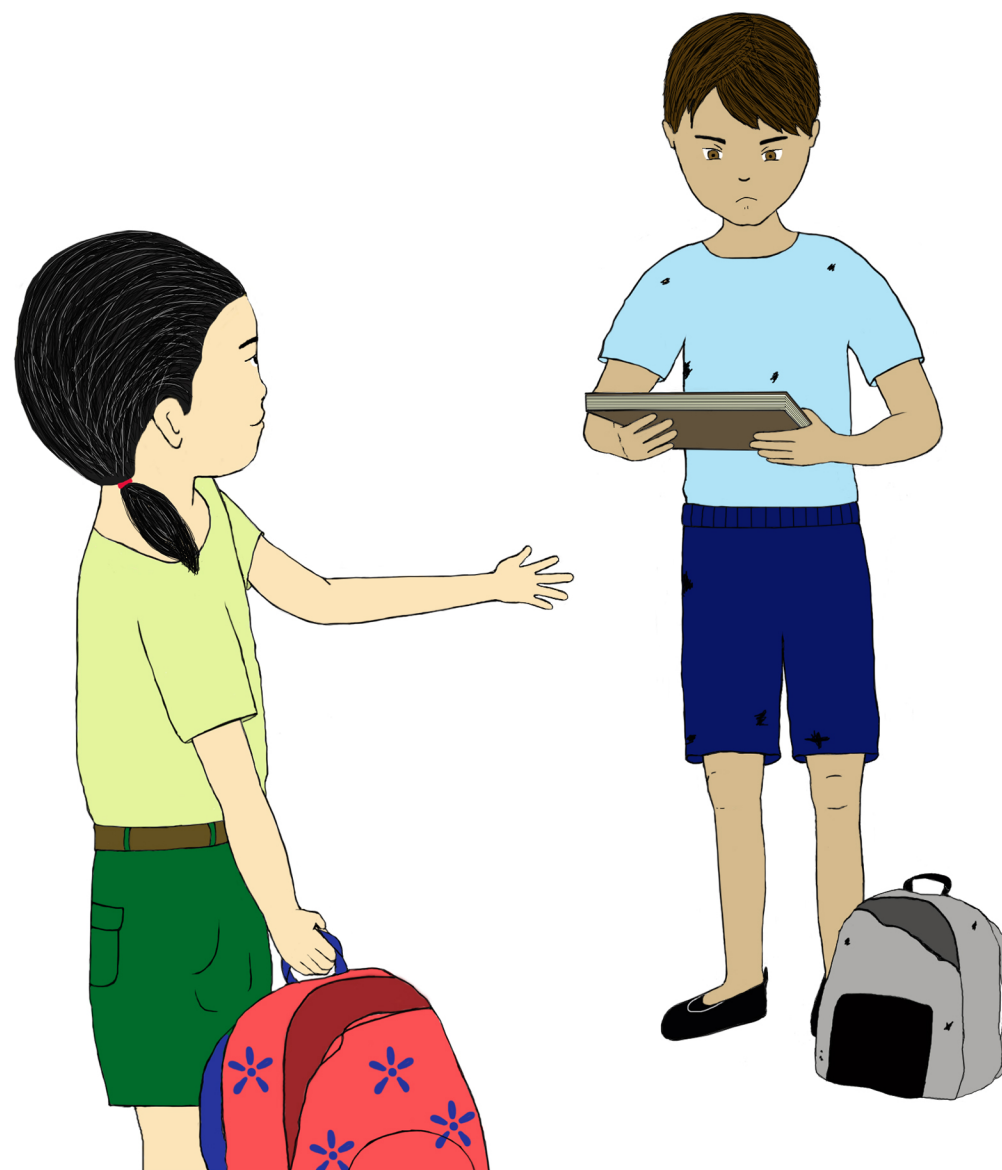
Estas razones, lejos de hacerle sentirse mejor, le provocaban una agobiante sensación de impotencia y una profunda tristeza. Pero no podía consolarse con nadie excepto sus padres.

Ni siquiera lo hacía con su mejor amiga Rita, una niña de familia mucho mejor posicionada que la suya por quien tenía gran aprecio, pues con ella compartía a diario increíbles aventuras de juegos.

Un día en la escuela, Rita se le acercó durante la hora del recreo y le dijo al oído que tenía un regalo para él. Pero era un regalo muy especial. Un secreto que nadie más podía conocer. Así que le pidió que fuera a buscar su mochila para esconderlo dentro en seguida.

Pablo obedeció sin rechistar, ansioso de ver la sorpresa que le deparaba. Imaginaba que le habría traído dulces y caramelos, chocolates o incluso un buen bocadillo de tortilla de patatas como alguna vez ya había hecho.

Pero cuando se unió a su amiga en el rincón que habían elegido para estar tranquilos y Rita abrió su mochila, a Pablo se le desinfló el entusiasmo al instante. Era un libro de aspecto corriente, muy desgastado. ¿Qué clase de regalo era ese?



—Es un libro mágico —le aseguró Rita en un susurro.

—¿Mágico? —A Pablo aquello le había sonado a cuento chino.

—Baja la voz —le pidió tapándole la boca con la mano—. Tú léelo y verás. Pero tienes que leerlo con el corazón, poniéndole mucho sentimiento. Si no, no funciona.

Pablo se quedó desconcertado. Empezaba a pensar que a su amiga le faltaba algún tornillo que otro. Pero se fijó en el brillo de sus ojos, que irradiaban un entusiasmo más eufórico de lo usual, y no quiso decepcionarle. Decidió que le seguiría la corriente porque quizás se trataba de un juego nuevo que aún desconocía. Metió el regalo en su mochila y le dio las gracias.

—Y otra cosa muy importante —le advirtió Rita antes de que volvieran a su rutina escolar—, tienes que leerlo después de medianoche.

Pablo se pasó el resto del día dándole vueltas a lo extraño que había sido todo y deseando terminar la escuela para descubrir el misterioso regalo que le había hecho su amiga. Tal era su curiosidad que nada más llegar a casa se escabulló a su cuarto para echarle una ojeada al libro. Levantó con cuidado la tapa sucia y roída, y pasó las hojas.

El cuento explicaba la historia de un chico poco afortunado a quien un genio concedía el poder de pedir un deseo que le cambiaría la vida. Cada página venía ilustrada con el dibujo correspondiente a la escena que en ella se relataba, unas ilustraciones realmente hermosas con colores vivos y figuras muy detalladas. Pero aparte de eso, no había nada en el cuento que le llamara especialmente la atención.

No le pareció un libro mágico en absoluto así que lo apartó decepcionado y se puso a hacer los deberes pensando que su amiga le había querido tomar el pelo.

Después de eso se pasó varias semanas sin tocarlo siquiera. Rita le preguntaba a diario por el libro y le animaba a que lo leyera, pero él estaba demasiado ocupado centrándose en su desdicha. Solo deseaba que llegara la noche para caer dormido y olvidarse de su pobre existencia.

Pero al cabo de un tiempo, harto de que Rita insistiera tanto, finalmente accedió a ponerse manos a la obra con tal de que le dejara en paz. Poco imaginaba él que lo que iba a hallar superaría todas sus expectativas.

A las 12 y 1 minuto de un sábado por la noche se metió en la cama con una linterna y abrió el libro. Rita le había dicho que tenía que leerlo con el corazón, así que puso en la tarea todos sus sentidos.

Se apoderó de cada letra que leía, cada palabra, cada ilustración y la hizo parte de su propia esencia hasta que terminó convirtiéndose en el único dueño de aquella historia.

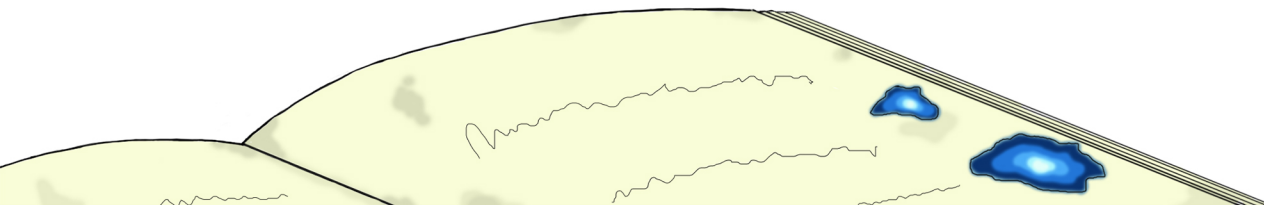


Y metido en la piel de aquel muchacho del cuento que tanto había sufrido en la vida, pronto se descubrió conmoviéndose. Cuando su primera lágrima cayó sobre aquellas páginas fue cuando ocurrió el milagro.

El libro se llenó de una fuerza inesperada, como si tuviera vida propia, y saltó de sus manos para caer abierto sobre su regazo. Pablo se asustó en seguida, la extraña energía impulsaba el libro hacia arriba provocando que diera pequeños brincos sobre sus piernas.

De repente las páginas proyectaron hacia el techo un haz de luz que casi le cegaba la vista y él se acurrucó contra la cabecera de la cama con los ojos cerrados.

Cuando los abrió al cabo de unos minutos, el genio del libro le estaba esperando. Tenía exactamente el mismo aspecto simpático que en las ilustraciones: grande, regordete y calvo. De sus grandes orejas pendían largos lóbulos y su sonrisa hipnótica dejaba entrever hoyuelos en sus mejillas. Pablo no sabía qué hacer así que esperó a que el genio hablara.





—Hola Pablo, mi nombre es Boothe —se presentó al fin.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó el niño sorprendido.

—Yo lo sé todo —contestó ampliando aún más su tierna sonrisa.

El gesto amable del genio hizo que Pablo se calmara de inmediato. Desprendía una energía tan positiva que de repente sintió una paz interior como nunca antes había experimentado. Ya no tenía ningún miedo.

—¿Eres un genio de verdad?

—Más o menos. ¿Qué necesitas de mí?

—¡Quiero pedir tres deseos! —exclamó Pablo muy ilusionado.

—Puedes pedir todos los que quieras. Pero solo te concederé cada uno de ellos con dos condiciones: tienes que saber que no harás daño a nadie con él y tienes que demostrar que lo que pides es de verdad lo que más deseas en el mundo.

De golpe los ojos de Pablo resplandecían tanto como los de su amiga Rita cuando le había ofrecido aquel maravilloso libro tiempo atrás. Al fin podría ver cumplido su más ansiado deseo de ser rico.

Ahora entendía muchas cosas sobre Rita: por qué su familia no pasaba las mismas penurias que él, y por qué había insistido tanto en que leyera aquel cuento. Por otro lado, también era consciente de que al habérselo regalado había sacrificado la oportunidad de seguir consiguiendo deseos el resto de su vida. En verdad era la mejor amiga que nunca pudiera tener.

—Quiero que mis padres ganen suficiente dinero como para que podamos comprar siempre la comida que nos apetezca, aparte de ropa y zapatos nuevos. Lápices de colores, libretas, libros y sobre todo juguetes. Una montaña de juguetes. Quiero que nos sobre tanto el dinero que incluso podamos marcharnos de vacaciones. Ese es mi primer deseo —anunció Pablo—. ¿Cómo te demuestro que esto es lo que más quiero en el mundo?